

Cruz y raya en los libros

Escribe: ERNESTO CORTES AHUMADA

CANTO, Patricio. *El Caso Ortega y Gasset*. Ediciones Leviatán. 169 p.

*Poca gratitud se tiene por un maestro
cuando se continúa siendo siempre discípulo.*

Federico Nietzsche.

*Pero, eso sí, los primeros
que anuncian la novedá
con toda seguridá
cuando los pampas avanzan
son los chajases que lanzan
volando: ¡chajá! ¡chajá!*

Ascabusi (Santos Vega, XIII).

Este libro está escrito contra Ortega: contra su altura espiritual, contra sus “ideas”, que el autor considera “estetizantes”, e incluso —¡cómo no!— contra su estampa, hecha, según Canto, de los retazos de un nigromante. Vivimos una época a la taurina, en la cual el hombre “escarba y muge”, como el toro ceniciento del verso de Rash Isla. Quien aspire, en efecto, a medrar con algún nombre en los estrechos pasillos de la buena fortuna, debe comenzar haciendo una afirmación rotunda y vistosa, más rotunda y más vistosa que la faena de capa o embistiendo con su cornúpeta de ventarrón en la llanura contra algo o contra alguien. Es lo que pasa en las edades anónimas. Que el “escritor” necesita, para convertirse siquiera en figura de segundo orden, de la intervención de las furias, o de la naturaleza hirsuta —cuando menos. Pero hirientes como la arremetida ciega del rebenque. Porque para eso se embiste precisamente. Para que el candor se disimule un poco. Para que la mortificación del lector medio baje de punto. Para que la lucha entre los tontos y los listos cobre impulsos de huracán a favor de los necios. Para que las ráfagas de viento intelectual soplen empujadas exclusivamente por Demos: el geniecillo de la cursilería. “¡A la espada triunfante: los laureles! ¡A su rival vencido: los denuestos!”.

Sin embargo, en este “caso” de Ortega no hay para qué hablar de espadas triunfantes. Ni de denuestos en ascuas. Apenas de grandes manchas de tintas, es decir —y para acomodarse a uno de los epígrafes—, de muchos gritos de chajases. ¡Chajá! ¡Chajá! Pues en la arremetida —sea la de Canto o de cualesquiera otros que sigan la misma línea— contra el

autor de *El espectador*, ha faltado, por lo menos hasta hoy, un ingenio corrosivo “que donde la pluma pone, el delgado papel rasga”. No debiéramos pensar que lo uno equivale a lo otro. Tal vez lo que más identifica a Vargas Vila, por ejemplo, ese terrible y agudísimo panfletario, pero meloso e inocente novelista erótico, es su inusitada osadía. En suma: su exceso de imaginación. Sería ciertamente en alguna forma admirable que, para meditación de sus discípulos y escándalo de sus alumnos, alguien (1) construyese argumentos ágiles contra el pensamiento orteguiano. Pero estas vaciedades, estos combates como a campana tañida y monaguillo batido... Así, se tiene —y Canto desde luego la tiene— la ocurrencia de responsabilizarse de una cierta literatura de imágenes y frases “bonitas”, de “poses” vitales y dialécticas. En un instante, se imagina, entre otras lindezas, un orteguismo pegajoso y casero haciendo en Latinoamérica de las suyas con las generaciones posteriores al modernismo, e incluso con este. Lo cual es tener una idea muy pobre del modernismo, del estilo y, es obvio, muy obvio, de Ortega. En alguna oportunidad me aventuré a expresar la idea de que Ortega era un escritor estupefaciente. No obstante, decía, que el estupefaciente más grave —como él mismo afirmó— y, por desgracia, más frecuente es la estupidez; Ortega sigue siendo un gran escritor estupefaciente, porque causa asombro. Y porque maravilla. Desde luego esta cualidad la llevan, en varia medida, todos los grandes autores; así como las gentes y aun los pueblos la reciben de modo diferente. Con Ortega, y en Latinoamérica, extranjerizante, postiza —¡Oh, Halloween, Halloween!— y falsamente capaz en muchos de sus sectores dirigentes, el peligro del estupefaciente literario radica, ante todo, en el estilo, o mejor aún, en lo que en ella se entiende por estilo: lo más superficial, lo más tangencial de cualquier escritor. Me refiero, claro está, a la manera de engarzar las frases y, en el caso particular que me ocupa, a la brillante labor de “piedra pómez” de Ortega. O sea a la forma de corregir al final, y solo al final, con un adjetivo, una coma, un punto, etc. Pues lo que cabe llamar verdaderamente estilo es la “voluntad de no forma”, en la terminología de Amado Alonso. Es que por tal se entiende no a la “voluntad de lima”, no al afán preciosista, sino a la función impulsiva de la decidida conciencia de ir escribiendo. Y, por consiguiente, algo imposible de calcar. “El estilo es camino, y es a la vez lo que camina como que es un río. No un camino por el que se va, sino un camino que nos lleva”, escribió Unamuno. Digamos, lector, en nuestras propias palabras, que es fisonomía y carácter.

El preciosismo negativo de la literatura —y Ortega, conste, no escribió una prosa preciosista— no podrá ser imputable, por tanto, en Latinoamérica a un autor. Corresponde, más bien, y suponiendo que Ortega tenga un radio de acción muy grande entre los escritores vernáculos —como lo cree Canto— al eterno defecto de los discípulos beatos. Es el vicio a *beatorum sede distinto*. Quien lo comete coloca, indefectiblemente, todo lo que le rodea en sitio diferente del que habita su elegido, aunque, “deformándolo”, lo refiera a él. Por ello, su actitud específica es la deformación espiritual. El fetichista intelectual, en vez de sumar, resta; restará siempre, hasta encontrarse prisionero dentro de un círculo letal, terriblemente estrecho. De Ortega se aprenden sus giros, sus expresiones, sus exclamaciones, sus reconditeces de verba; pero se ignora su lección máxima, a

saber: su manera de descender a lo profundo (2), desde la palabra tornasolada, alerta en la luz, hasta la entraña palpitante..., "palpitante de puro desnuda". Y lo más noble, cuando habla, en su último período, de la soledad radical y de Dios. Ortega, o cualquier otro gran escritor, puede indicar la red —giros, exclamaciones, puntuación, etc.—. Mas solamente será mérito del discípulo pescar su propia autenticidad. Sea cual fuere la trama de palabras, debe un autor apresar, con sus propios medios, su propia e intransferible realidad. En este punto sí que no se puede ya, sin grave riesgo, hacer concesiones, préstamos de los demás por grandes y eminentes que se les vean. En definitiva, todo pensador contribuye, en un momento de nuestra vida, a orientarnos. Pero solo a orientarnos. La cosa es clara. Venimos al mundo poseyendo ya una radical vocación de existencia, sobre la cual los fenómenos afectivos disparan sus andanadas de "gestos". Por ejemplo: el mal humor, la melancolía, la ecuanimidad, la preocupación. Ora deprimentes, ora tonificantes siempre brotarán de una manera de "estar-en-el-mundo". A esta manera es lo que llama, profundizando en el análisis ontológico de la existencia, Heidegger (3): "ser-ahí". Pero dicho "ser-ahí" con el cual el hombre se encuentra al nacer, acusa su presencia "latente": está como refundido "dentro" de nuestra vida. Cabe decir entonces que vivir es ir descubriendo un modo de ser o "temple" de ánimo vital. Podemos, pues, elevar a mandamiento universal el precepto de Píndaro: "lléga a ser el que eres". ¿Cómo? Yo no encuentro sino una respuesta. El oficio del hombre, cuando no es sino hombre, consiste en estar siempre atento a su propia realidad, según ella se presente. Evidente; si permanecemos atentos a nuestra intimidad, a ese "dentro de sí", llegaremos a ser lo que somos. Claro es que se trata de buscarlo, de facilitarlo, solidarizándose con él; en una palabra, de elegirlo, descubrirlo y perfeccionarlo.

Lo dicho esconde la idea de vulnerabilidad en cada uno de nosotros, y, sobre todo, la de que la perfección alcanzada por los demás no puede ser la nuestra. No existe, pues, un orteguismo perfecto, absolutamente total, ni mucho menos quien haya alcanzado su auténtica realidad prendido de la sesera orteguiana. Aquí tenemos acorraladas muchas cuestiones dignas de meditación. Mas únicamente me interesa hablar de la invulnerabilidad de su filosofía, de su extraordinario margen para la opción. No se trata, evidentemente, de un pensamiento fatal y de una necesidad inexorable o mecánica. Porque su "razón vital" nada tiene, como él mismo hubiera dicho, de "espectro irreal que se desliza inmutable al través del tiempo". Sabía que la mutabilidad, acá en la tierra, es síntoma de vitalidad. Y si rechazó con audacia ejemplar a la "razón pura" de Kant, o al *more geometricus* de Spinoza, no lo hizo a título de dogmático intolerable, sino persuadido de tener un instrumento mejor para manejar, entender y captar la realidad. ¿O es que apenas existe esta forma de encararse con ella? ¡Qué va! Desde las del peluquero colombiano, que no puede manipular sus tijeras sin hablar de lo que estas representan en el sistema del Universo, hasta las gigantescas reflexiones de Kant, son todas diferentes formas (4) de mirarlas. ¡El mundo ostenta, oh Señor, tantas caras! ¿Qué valor tienen los métodos utilizados por Ortega para conocer las cosas, tan pronto vagas y desabridas de materia, como rostros esculpidos en la llama, tan pronto rotundas, ya casi maceradas de polvo, petrificadas e ins-

tantes por súbitas calcinaciones? De la magnífica visión orteguiana solo puedo, ahora, decir muy pocas cosas. Para saberlo sería preciso penetrar hasta su último fondo de meditaciones, y luego, con exactitud que podría llamar de madurez, traer a flor de luz su filosofía de la vida, la cual, por ser de la vida, es también de la razón. No me sería difícil construir un "Ortega desde dentro"; pero para quien como yo, va ahora a campo traviesa, aquella construcción resulta aquí imposible. Deliberadamente, pues, rehuyo hablar de la filosofía de Ortega, "desde dentro". Nada hay en ello de absurdo. Basta caer en la cuenta de que necesitaría los límites de un libro (5). Pues sin una inmersión de carácter radical y, por tanto, con pretensiones de extremo rigor, nadie podrá tener una conciencia clara ni de sus virtudes ni de sus limitaciones. Y esto, precisamente esto, es lo que le reprocho a Canto y a los demás "críticos": que no le pueden condenar por usar una prosa brillante, toda vez que a esta únicamente llegan los rumores de su pensamiento. Su prosa es, sin duda, muy brillante; pero tiene otro *rôle* diferente al del mero brillo. Por eso no está dicho cuál sea la importancia real de Ortega; *vervigracia*, si fue un hombre ávido de verdad, es decir, un filósofo que vivió de la contemplación del mundo de las "circunstancias", del *yo* y de las concepciones trascendentales y abstractas, o si, por el contrario, todo riqueza de sensibilidad e imaginación, era un poeta —¿por qué no?— de naturaleza pródiga en halagos de los sentidos que huyó de la poesía. De otro modo, toparemos siempre con el juicio del *chajá*, el juicio exclusivamente sin sentido.

Todos estos juicios arbitrarios sobre Ortega fuerzan, en cambio, a buscar su ubicación histórica. Esto es, a mirarle "desde fuera": donde la filosofía comienza a dejar de ser filosofía. ¿Dónde colocaremos, entonces, al filósofo de la "razón vital"? Partamos del dato más elemental, completamente elemental: Ortega fue el pensador que tendió un puente entre la razón y la vida. Y como buscamos una denominación extrínseca, el nombre de Ortega queda a mitad de camino entre los máximos puntos cardinales de Kant y de Pascal, aunque, a mi juicio, más cerca de este (6). Necio sería hacer constar la "razón pura" de Kant. Fue, por tanto, el "sublime misántropo" de Port-Royal un hombre que nada esperó de la razón, que nada temió y que nada quiso de ella. Así, combatiéndola sacrificó la propia vida. No le puedo hallar a sus *Pensamientos* una exégesis deferente; contra la razón alzó su terrible grito: *Ad tuum, Domine, tribunal appello*. Y combatiendo con ella... quiso, como Macbeth, asesinar el sueño. "No es este —afirmó, refiriéndose a la razón— el país de la verdad; vaga desconocida entre los hombres". Es decir, entre la vida. Repitémoslo: por esto, Pascal tenía tanta capacidad para sacrificar sus propias convicciones como las de los otros. Vivió fuera de la razón, y este "fuera" constituyó su auténtica realidad. De ahí lo inaccesible, lo lejano, lo incomprendible de este hombre que se atrevió a desafiar a la seguridad y la certeza. "No hay que dormir", nos dice. Parece ello, se dirá, demasiado fantástico, demasiado alucinante. Ciertamente; Pascal evitó todo lo que es querido de los hombres. Ellos aman la verdad, él adoró la "mentira"; ellos persiguen la estabilidad, él buscó al abismo. Y lo gritó hondo, laceradamente: "cuánto me complace ver a esta soberbia razón humillada y suplicante". La inversión es absoluta. La vida, para él, alcanzó su propia fuerza en el odiar las "verdades de la razón", como después dirá Leibniz. Eviden-

temente, la enigmática regla “metodológica” pascaliana fue esta: “Buscar gimiendo”, y de la que solo se podría encontrar paralelo en las exclamaciones de Tertuliano. (*Non pudet, quia pudendum est*). ¿Quién se tomaría, pues, la molestia de condenar a Pascal, si no hizo otra cosa: condenarse, despreciarse grávido de razones que la razón no entiende? Pascal, o el abismo. Pascal, o el abandono absoluto. O bien: Pascal “el débil junco perdido en los espacios infinitos”.

Pascal pretendió, en consecuencia, y con audacia sobrenatural, que el dolor de Job venciera en peso a las arenas del mar. ¡Y para siempre! A primera vista nada tiene que hacer José Ortega y Gasset bordeando —nótese: “bordeando”— la caravana en la cual va el hombre que abominó de todas las corduras: un Cayo Mucio que coloca su corazón en las brasas de la razón. Sin embargo, cuando se repara cómo reprocha la “susplicacia” del sistema de Kant y, lógicamente, del de Descartes, se le ve cruzar y hacer pie en él, fuera para recurrir a lo caprichoso, a lo contingente, a lo incierto, en fin, a la “circunstancia”. Porque “idealismo” ciertamente es lo que no está sujeto ni al capricho ni a lo incierto. “Los ideales, expresó alguna vez, son esquemas abstractos donde se definen cómo deben ser las cosas”. E inversamente, definió por eso: la vida ha de ser un “ensayo de apoteosis”. Algo contingente y libre —o sea “ensayo”, cabalmente. Es, ni más ni menos, lo que Kant repudia. Visto de esta manera —y creo difícil se pueda encontrar otra—, el pensamiento de Ortega aparece navegando desde el mar geométrico de Kant, desde sus verdades absolutas y abstractas hasta las consuntas aguas donde navegó Pascal, náufrago siempre sobre el oleaje postrero.

¿Acaso estaré trivializando? ¿Es ello una argumentación? ¿No se puede aceptar? ¿No se puede comprender? ¿Quién decidirá dónde se encuentra la verdad de los filósofos? ¿Se yergue Ortega, entonces, contra la razón y contra sus “eternas verdades”? O ¿contra la vida? Estos interrogantes no hacen, con otras palabras, sino apuntar hacia —por lo que afirmé antes— el pensamiento orteguiano. Pero son, a la vez, la tentadora pretensión de juntar tres maneras diferentes de “estar” en el mundo. Existe un valle profundo y reconcentrado como el mar, puro y elemental con el diamante, donde ciertos hombres tienen el más extraño de los oficios. Allí, en aquel paisaje de adusta soledad, se dialoga. Es el valle de Paumanok (7) Pienso en el lugar maravilloso y veo, maduros ya en letras y espíritu, tres siluetas unir sus vidas meditabundas. Entre las lumbres de la noche y el día, dialogan, dialogan..., contemplando ardientemente el pensar para reconocer en él, cada una a su modo, su hondura infinita, como la primigenia fuerza de sus almas. Sobre la tierra blanda ofrecen a los ojos de cada flor, de cada arbusto, el milagro de la palabra (8). Esta es su manera de permanecer hasta el fin. Una palabra de todos los instantes y de todos los afanes. Una palabra que resplandece aligerada de carnal trabazón humano. Y cuando se acerca desnudo el corazón, oye su disputa insaciable que, sin dejar de ser disputa, brilla con ternura. Reclinado sobre la piedra elemental, lo mismo que solía hacerlo allá en el poyo de la Casa de Lope, una de ellas, la más joven, habla ahora con el fluído rasgueo de la salutación de Ariel: —“Me regocija, expresa con ademán amplio—, que nos haya llegado al fin el turno de estudiar la “razón vital”. Quizá sea esta una cuestión que no pueda contestarse según el gusto de cada cual,

sino que su función tiene que ser descubierta por las tres. ¿Estáis enamorados, verdad, de la perspectiva total?”.

Arribamos, así, lector, a la consideración del amante. La humanidad ha producido, en efecto, una cosecha de hombres —en los jardines de Academia, en los palacios de Weimar, en los bosques de la ninfa Aretusa, en la transparente Cuernavaca— pletóricos de honda sensibilidad, merced a la cual sus obras son un vívido testimonio de lo desconocido y lo trascendental, de lo inmediato y lo mundano. Su historia es la historia de lo que el Dante llamaba “inteyecto de amor”, y su función la de hermanar elementos espirituales diversos y aún contrarios. Necesitan dilatarse, con su apurada virtud de comprensión, para tornarse en irradiantes fenómenos de transparencia. Sin cansarse, son los que ponen gotas de miel en el ánfora de la amargura. Diríase saetas disparadas hacia lo desconocido e invisible. Diríase hilianos. No se trata, empero, de que les guste la convivencia y la armonía, sino que no consisten en otra cosa que en armonía y convivencia. ¡Hecho asombroso, en la yerma heredad de los hombres! Viven bebiendo armonías, pudiera decirse; ignotas pero esenciales armonías. Y Ortega perteneció, sin duda, a esta cosecha avara. Me atrevo a pensar que su estilo, “un poco alucinante”, está más seria y hondamente vinculado a su filosofía —a la filosofía y la armonía de elementos espirituales— de lo que se cree. Repasad sus libros y vereis cómo alcanza su prosa eso que llaman “ser en sí mismo”. O sea que, dentro de su filosofía, no es secundaria su forma de redactar. Mariás hizo desde otro ángulo y por otros motivos esta misma observación. Lo cual no le quita, como dije antes, su vulnerabilidad. Y vulnerable, además, de otra manera. Efectivamente, lo difícil, lo que choca en esta época anónima y preñada de extremismos (9), son sus nobles percepciones espirituales. En estos tiempos de furor y desmesura, su lección es de concordia y claridad. Ortega —el amante— muestra el camino que conduce desde el odio, desde el instinto ciego hasta la claridad de conciencia. Que es la vida —y la vía, desde luego— de la cultura.

¿Dónde, dónde está el libro de Canto, dónde las Forcidas plenipotenciarias? (10).

NOTAS

(1) Únicamente conozco un buen libro donde se hace tela y contienda de juicio la obra de Ortega: Ortega, filósofo “mondaine”. Y es de verdad el único. Yo lo lamento profundamente, porque las explicaciones de sus discípulos nunca me han bastado.

(2) Esta profundidad nada tiene que ver con ciertas profundidades colombianas y foráneas, cifradas en un vocabulario completamente esotérico. Ni con “abismáticos misterios” o con “patéticos enigmas”. Simplemente, Ortega con un lenguaje desnudo nos revela, en ordenación sencilla y con perfecta claridad, la realidad. Pues la verdadera filosofía —y me parece innecesario hacerlo constar, como una expresión de Edmundo Husserl— reconoce como una imperfección lo que a menudo más se alaba en ella y se imita: la profundidad.

(3) Jaspers también ha explorado en este sentido.

(4) “Afilosóficamente”, pero buscando una “reducción eidética”, se podría sostener que estas formas de encaramiento van desde las opiniones, en el sentido de *doxa*, los prejuicios, las convicciones hasta las ideas. Cosa que equivale, aunque con alguna laxitud, a decir desde las “creencias” hasta los “conocimientos esenciales”: o, también, de la universalidad fáctica a la universalidad esencial. Y más aún: hasta los fenómenos trascendentales, “purificados”.

(5) En absoluto, no son ganas de eludir este análisis. Los discípulos mejores de Ortega nos afirman que es “el creador del pensamiento filosófico más auténtico de nuestra época” (subrayado mío). Esto impone, “rebasando los límites físicos y mentales de un mero ensayo”, escribir por lo menos seis capítulos esenciales. Uno de ellos sería, y para no extenderme y también para evitarme el sonrojo de escribir una obra que, en Colombia, no encuentra editorial, aquel en que se confronte el pensamiento orteguiano con los avances de la lógica contemporánea, o mejor aún, su aporte a la crisis de la lógica metodológica, o aristotélica. Y desde allí, a través de páginas y páginas, llegar —pasando por la lógica pura de David Hilbert y por otro puñado de cosas que no caen ni florecen en el reino de la inspiración y de las consultas fáciles— hasta los dos teoremas de Kurt Gödel. Lo cual equivale tanto como a hacer un sondeo inmediatamente antes de Gödel y otro después de él. Antes: en el sistema formal de A. N. Whitehead y B. Russell, y en el sistema axiomático, también formal, de los conjuntos de Zermelo-Fraenkel, luego perfeccionados por J. von Newmann. Después: en la lógica involutiva de W. y M. Kneale y R. Carnap, así como en las pruebas del cálculo funcional de W. Ackermann. Según se ve, una tarea por lo menos dilatada.

(6) Ni qué decir tengo que Ortega practicaba una especie de profilaxis dialéctica respecto de Pascal. O lo que es igual: le parecía sospechoso. Y yo acabo de avecindarlos, esto es, de negar esa sospecha. Me hallaría, pues, por completo al servicio del decir del imaginero andaluz: “¡si sale con barbas..., San Antón, y si no..., la Purísima Concepción!”. Pero estoy lejos de esto; la aproximación es ampliamente justificable. Porque Pascal encarna a la “razón-vital”, “menos” la razón. Sin un *mínimum* de razón la vida se reduce a desmesuramiento y manía. Para vivir no basta que solo exista la vida: es preciso que se vaya haciendo. En suma, previéndola antes de vivirla. De suerte que la vinculación a Pascal será lícita siempre que se hagan estas salvedades. Advertencias que valen, por cierto, igualmente para su aproximación a Kant, o a Descartes, quien repite hasta la saciedad: *¿Que suis-je? Je ne suis pas qu'une chose qui pense.* Tiene Ortega, por tanto, relación con Pascal y con Kant, pero no con uno solo de ellos, tomado aisladamente y como en bruto.

(7) Will Durant, el autor de *The Mansions of Philosophy* y de la *Historia de la civilización*, concibió unos diálogos en los cuales, en uno de los valles de Paumanok, hace intervenir —entre otros— a Voltaire, Bossuet, James, Nietzsche y Hegel. Recordando este brillante trabajo incluí por mi cuenta a Ortega.

(8) Sí; porque el lenguaje es el primero y el último modo de adueñarse de la realidad. “Solo su mundo expresivo —ha dicho Stenzel—, confirmado en la comunidad con los demás, lleva al hombre a una verdadera certidumbre de su propio ser”. Y Henri Berr, para no meterme en honduras, caracteriza a la humanidad en la siguiente forma: la humanidad es mano y lenguaje, esto es, técnica material y lazo espiritual. Y, en resumen, digo yo, poder de la palabra. Porque la técnica material sin la capacidad de comunicación, ¿qué sería? Acaso pura facultad de brincar, como el chimpancé, de rama en rama.

(9) Seguramente el lector pensará que por referirme a estos extremismos anhelo, como escritor y como hombre, que el pasado regrese. Por ejemplo: que vuelva el humanismo, es decir, aquella concepción del mundo que nos trajo la madurez de la revolución industrial, a saber: que la moral y las instituciones de los poderosos son absolutamente válidas para los menesterosos y pobres, en cuanto tales. Claro está que aquí, en Colombia, al humanismo se le entiende de otra manera. Porque siempre ha sido definido por sus efectos secundarios, o sea como imitación de los clásicos y como simple producción de “humanistas”. Pero esto, aparte de ser efectos secundarios del humanismo, y de que han existido humanismos sin “humanistas” —y al revés: “humanistas” sin humanismo, según nos pasó con Caro, Suárez, etc.—, nos deja en Babia respecto de sus principios básicos. Citemos uno apenas. Existe, afirma el humanismo, una sola organización social, y por tanto una moral, que conviene y es propia de los grupos humanos. En consecuencia, nada tienen que ver mis alusiones al tiempo actual con un sentimentalismo plañidero que añore el pasado —nuestro pasado colombiano, concretamente—. Pues nada nos prueba que seamos alternativamente esponja, pez, reptil o mono... Ello no implica, claro es, que los pueblos posean, como dicen los biólogos suecos del hombre, una “matriz invisible”, un gel que a distancia los dirija.

(10) Cruz y raya en los libros rehuye cualquier eleatismo de la crítica. En efecto, no desca escribir fija y estáticamente; siguiendo línea a línea, o capítulo a capítulo un libro. Y por eso en el caso de la obra de Canto nadie tiene por qué esperar que se “refuten” sus “pensamientos”. O que se cuente el libro. Pues Cruz y raya jamás auspiciará, ni creará lemas como este: “Chaleco de seda que perteneció a uno de los dentistas de George Washington. Donación de Misses Boykin”.